

fesión de su crimen le producía alivio. El tío Stenne le oía y miraba de un modo terrible.

Cuando el niño concluyó de hablar, el anciano ocultó su cabeza entre las manos y lloró.

—¡Padre, padre! dijo el niño.

El viejo soldado le rechazó y recogió el dinero.

—¿Está aquí todo? preguntó.

El pequeño hizo señas de que sí.

El tío Stenne descolgó su fusil y su

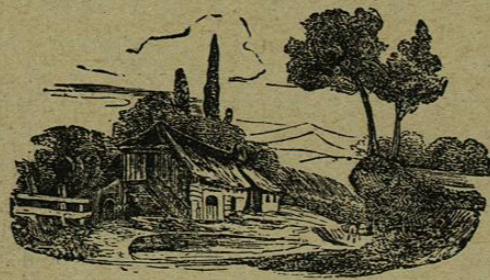
cartuchera, y dijo metiéndose el dinero en el bolsillo:

—Está bien; voy á devolvérselo.

Y sin añadir más palabra, sin volver la cabeza, se fué á reunir con los móviles que partían en aquel momento.

Este buen nombre borró sin duda el crimen de traición de su hijo y la deshonra de su nombre, vertiendo valerosamente su sangre en defensa de la patria.

Jamás se le volvió á ver.



EL ABANDERADO

I

Su regimiento estaba formado en batalla en un declive del camino de hierro, y servía de blanco á todo el ejército prusiano, colocado enfrente guardado por los árboles. Se batían con los alemanes á ochenta metros de distancia, y por más que los oficiales gritasen: «Boca abajo,» nadie quería obedecer, y el valiente regimiento quedaba en pie, agrupado en derredor de su bandera.

En aquel vasto horizonte iluminado por el sol poniente, y en medio de los pegujales de trigo espigado ya, esa masa de hombres envuelta entre el humo, se parecía á un rebaño sorprendido en campo raso por una formidable tormenta.

¡Cuánto plomo caía en aquel declive! No se oía más que el estruendo de los tiros, el ruido sordo que hacían los cuerpos cayendo en la zanja y el silbido de las balas que hendían los aires de un extremo al otro del campo de batalla. De cuando en cuando la bandera se levantaba por encima de todas las cabezas agitada por el viento de la metra-

lla, y luego desaparecía entre el humo. Entonces se oía una voz grave y serena que, dominando el ruido de los tiros, el estertor de los agonizantes y los quejidos de los heridos, decía: «¡Reuníos en torno de la bandera, hijos míos; seguidla y defendedla!»

Y en el instante un oficial se lanzaba en medio de la humareda, y la enseña flotaba de nuevo alentando á los fatigados, enardeciendo á los héroes y vivificando á todos.

¡Veintidós veces cayó!

Veintidós veces su asta, tibia aún, escapada de una mano moribunda, fué recogida y levantada en alto en el fragor del combate.

Cuando después de puesto el sol lo que quedaba del regimiento (un puñado de valientes) se batió en retirada, la bandera no era más que un jirón llevado por el sargento Hornus, vigésimotercero abanderado de aquella jornada.

II

Este sargento Hornus era un pobre ignorante que apenas sabía firmar y

que había necesitado veinte años para conseguir sus galones de subalterno. Todas las miserias sufridas se veían en su frente estrecha, en su espalda agobiada por el peso del morral, y en ese modo de andar automático que adquieren los soldados veteranos. Además tartamudeaba algo; pero para ser abanderado no hace falta la elocuencia.

La noche misma de aquella batalla, su coronel le dijo: «Tienes la bandera, valiente; pues bien, consérvala, que es la enseña gloriosa de la patria.»

Y en su mísero capote de campaña, la cantinera hilvanó en seguida el galón dorado de subteniente.

Esta fué la única verdadera alegría que experimentó en su vida, siempre tan humilde. Su encorvada espalda se enderezó, varió su modo de ser, y el que estaba acostumbrado á andar constantemente mirando al suelo, tuvo desde aquel día la vista siempre alzada y fija en el jirón de tela que había recibido, para mantenerlo sin cesar derecho, y tan alto, que no le alcanzara ni la muerte, ni la traición ni la derrota.

No había en el mundo ser más feliz que Hornus en los momentos de batalla, cuando tenía el asta con las dos manos bien apoyada en su funda de cuero. Ni hablaba ni se movía, y miraba su bandera como si fuese una reliquia. Toda su vida, así como toda su fuerza, se reconcentraban en sus dedos crispados alrededor de esa hermosa enseña, y sus ojos, que veían á los prusianos bien de frente, parecían decirles: ¡A ver cómo venis á arrancármela!

Nadie lo ensayó, ni siquiera la Parca. Y después de las acciones de Borny y de Gravelotte, que fueron las más sangrientas, la bandera salió de todas partes cada vez más rota y más agujereada, pero siempre llevada gloriosamente por Hornus.

III

Llegó Septiembre.

El ejército hallábase acampado bajo los muros de Metz, y durante el largo tiempo pasado allí, en aquel campo hú-

medo, en el que los cañones se enmudecían y en donde los aguerridos y valientes soldados, aniquilados por la inacción, la carencia de viveres y de noticias, morían de fiebre y de fastidio al lado de sus armas, nadie tenía ya esperanza.

Sólo Hornus confiaba aún en una completa victoria.

Su andrajo tricolor lo era todo para él, y mientras lo veía á su lado le parecía que nada se había perdido todavía.

Desgraciadamente, como ya no se batían, el coronel guardaba la bandera en su pabellón, situado en uno de los arrabales de Metz, y el valiente abanderado se hallaba poco más ó menos como una madre que tiene á su hijo criándole fuera de su casa, pues sin cesar pensaba en ella.

Cuando se aburría demasiado, iba á visitar su reliquia, y viéndola siempre en el mismo sitio apoyada contra la pared, volvía más tranquilo, lleno de valor y de paciencia, y al acostarse en su tienda chorreando agua, no soñaba más que con batallas, con marchas hacia adelante y con su bandera desplegada flotando allá en las trincheras prusianas.

Una orden del día del mariscal Bazaine desvaneció todas las ilusiones de tan valiente militar.

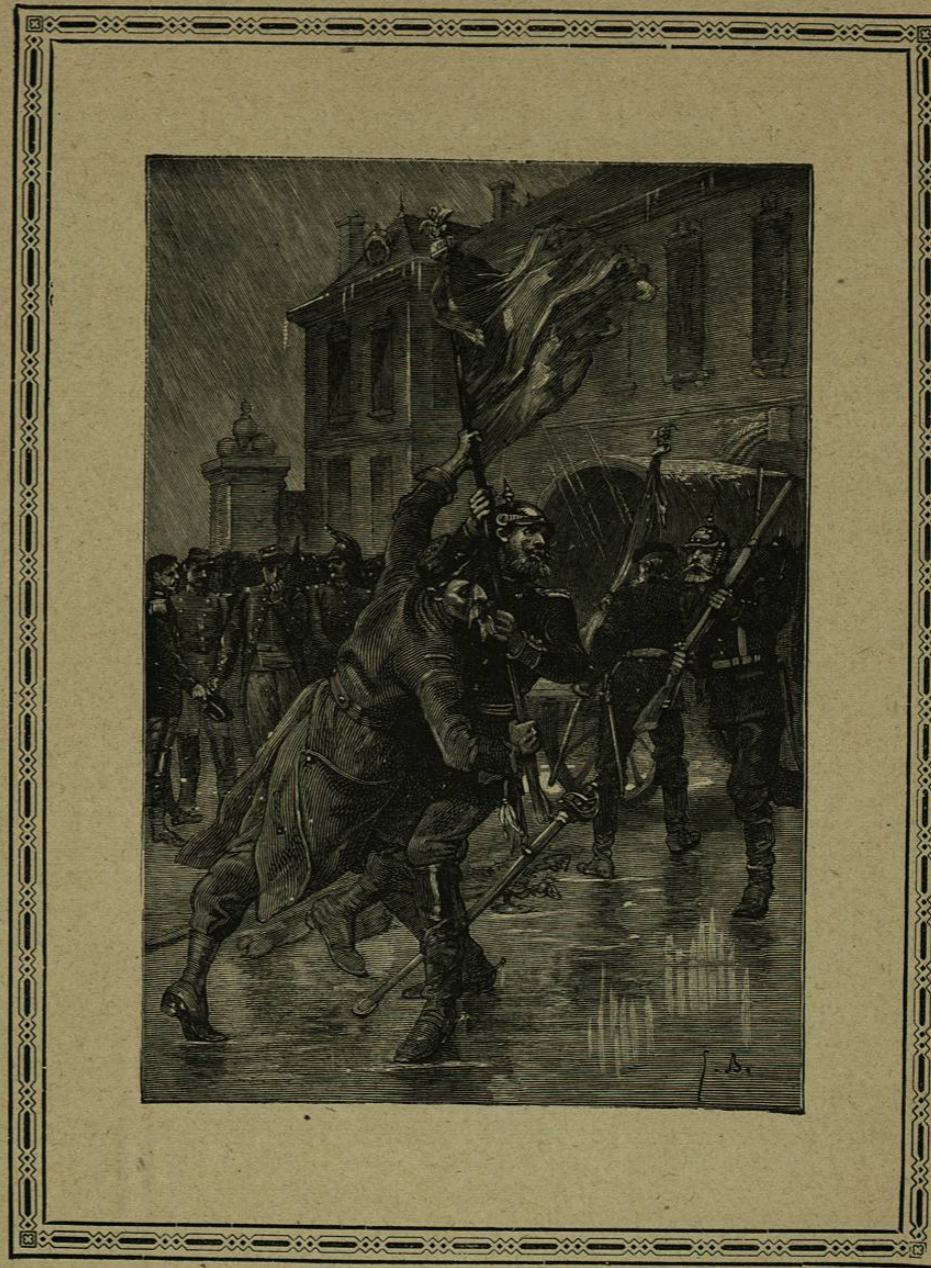
Al despertarse una mañana, notó un gran rumor en el campamento; los soldados formando grupos, gritaban furiosos señalando la ciudad, como si su cólera designara á un culpable, y vociferaban: «¡Vamos por él!... ¡Que le fusilen!... Los oficiales se callaban; andaban separados, con la cabeza baja, como si hubieran querido ocultar su vergüenza á los soldados.

Era, en efecto, muy vergonzoso lo que ocurría.

Concluían de leer á ciento cincuenta mil hombres armados, fuertes, valerosos aún, la orden del Mariscal que los entregaba, sin combate, al enemigo.

—¿Y las banderas? preguntó Hornus palideciendo de coraje.

—Las banderas se entregarán también con los fusiles y todo cuanto queda de pertrechos, todo...



¡Reunios en tor...!

—¡tru... tru... Trueno de Dios! tartamudeó el pobre hombre. No tendrán con seguridad la mía...

Y echó á correr hacia la ciudad.

IV

Allí también reinaba gran animación. Los nacionales, los burgueses, la guardia móvil, gritaban y se agitaban dirigiéndose hacia el palacio del Mariscal. Hornus ni veía ni oía nada; hablaba solo siguiendo la calle del arrabal.

—¡Quítame mi bandera! ¡Vaya, eso no es posible! No tienen derecho para ello. ¡Que dé él á los prusianos lo que le pertenece, sus coches dorados y la vajilla de plata que traje de Méjico! ¡Pero la bandera es mía... es mi honra, y prohibo que la toquen!

Todas estas frases eran entrecortadas por la velocidad de su carrera y la tartamudez; pero el viejo soldado tenía su idea, y era coger su bandera, llevarla en medio del regimiento y pasar por encima del cuerpo de los prusianos con todos los que quisieran seguirle.

Cuando llegó allá, ni siquiera le dejaron entrar.

El coronel, furioso también, no quería ver á nadie... pero Hornus no atendía á razones.

Juraba, gritaba, empujaba al ordenanza.

—Mi bandera... quiero mi bandera... Por fin una ventana se abrió.

—¿Eres tú, Hornus?

—Sí, mi coronel, yo...

—Todas las banderas están en el Arsenal... ve allí y te darán un recibo.

—¡Un recibo! ¿Para qué?

—Es la orden del Mariscal.

—Pero, mi coronel...

—¡Mil bombas, déjame en paz!

Y la ventana se cerró.

Hornus se tambaleaba como si estuviese ebrio.

—Un recibo... un recibo... repetía maquinalmente.

Por fin se puso en marcha no comprendiendo más que una cosa, y era que la bandera permanecía en el Parque, y que era preciso recuperarla á cualquier precio.

V

Las puertas del Arsenal estaban abiertas de par en par para dejar pasar los furgones prusianos que esperaban en el patio.

Hornus se estremeció al entrar.

Allí vió á todos los abanderados tristes y silenciosos, con la cabeza descubierta.

En un rincón se hallaban todas las banderas del ejército de Bazaine, amontonadas y confundidas en el suelo fangoso.

Nada más triste que esos trozos de seda con los colores nacionales, esos retazos de flecos de oro y de astas labradas; todos esos gloriosos restos tirados por el suelo y llenos de agua y de barro.

Un oficial de Administración las tomaba una por una, y nombrando el regimiento á que pertenecían, y el abanderado avanzaba para tomar un recibo. Tientos é impasibles, dos oficiales prusianos presenciaban el cargamento de los carros.

¡Y así os fuísteis, santos y gloriosos lábaros, desplegando vuestros jirones y barriendo tristemente el suelo como los pájaros que tienen rotas las alas, y cada uno de vosotros os llevasteis algo de la patria. El sol de las largas marchas dejó señales entre vuestros pliegues, y los agujeros de las balas servían para conservar el recuerdo, de los que cayeron sin vida debajo de vuestra sombra!...

—Hornus, te llaman. Ve á tomar tu recibo.

¡Qué le importaba á él aquel documento!

La bandera estaba allí, ante sus ojos. Sí; era la suya, la más hermosa, la más rota de todas. Y viéndola, se le figuraba estar aún allá arriba en el declive. Oía silbar las balas y la voz del coronel que decía: «¡Reuníos en derredor de la bandera, hijos míos!» Luego se le representaban sus veintidós compañeros tendidos en el suelo y él, vigésimotercero, precipitándose á su vez para levantar y sostener la pobre enseña que se caía por falta de sostén.

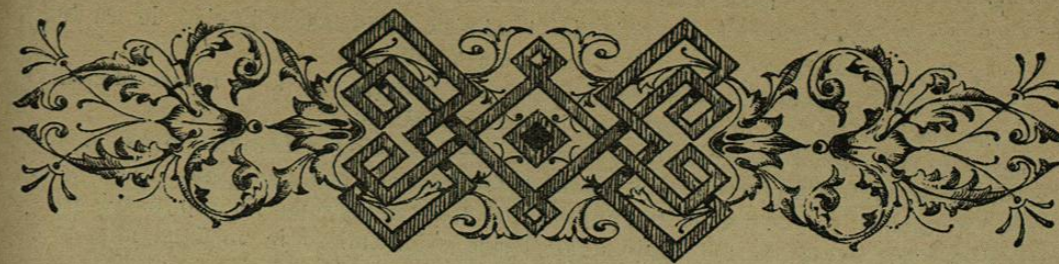
¡Ah! Aquel día juró defenderla y guardarla hasta morir... Y ahora...

Pensando en esto, la sangre toda de su corazón afluyó á la cabeza. Embriagado, loco, se abalanzó al oficial prusiano, le arrancó su querida bandera y procuró levantarla todavía muy alta, muy derecha, gritando: «¡Reuníos en tor!...» Pero su voz se ahogó en su

garganta, sintió temblar el asta y escapársele de las manos.

En el aire impuro, mortal, que se respira en las ciudades que se rinden, las banderas no pueden ya flotar, así como no puede vivir el que tenga un gran corazón.

Y el antiguo soldado Hornus cayó como herido por un rayo.



LAS MADRES

Recuerdos del sitio.

Fuimos aquella mañana á dar un paseo al monte Valerien para ver á nuestro amigo el pintor B..., teniente de móviles del Sena; pero estaba de guardia y, como es de rigor, no podía moverse de allí.

Tuvimos, pues, que quedarnos paseando arriba y abajo delante de la puerta del fortín, hablando de París, de la guerra y de los queridos ausentes. De pronto mi bravo teniente que, bajo su uniforme de guardia móvil conserva siempre su carácter jocosos, interrumpe la conversación, y cogiéndome por el brazo, me dijo por lo bajo:

—¡Ah, qué hermoso cuadro! señalándome con una mirada burlona dos venerables siluetas que acababan de aparecer en la meseta del monte citado.

Hermoso era, en efecto, y digno de fijar en él la atención.

Figuráos un hombre delgado, pequeño, muy colorado, con ojos redondos; vestido con una levita muy larga, color castaño, con cuello de terciopelo de un verde parecido al del musgo, y llevando en el brazo izquierdo una cestita de cañamazo bordado, de la que salía el cuello de una botella, y debajo del derecho una caja de conservas que los parisienses no verán en lo sucesivo sin

acordarse de los cinco meses de bloqueo.

En cuanto á la mujer, no se veía más que un sombrero gigantesco y un viejo chal que la envolvía de arriba abajo para dar á conocer mejor su antigüedad, y fijándose un poco más, se veían entre los lazos de aquella gran capota algunos blancos y escasos cabellos.

Al llegar á la meseta, el hombre se detuvo para tomar aliento y enjugarse la frente, y, sin embargo, no hacía calor allá arriba en medio de las brumas de Noviembre; pero habían subido tan de prisa...

La mujer no se paró, no. Marchando derecha hacia la poterna, nos miró un minuto, titubeando si nos hablaría ó no; pero intimidada sin duda por los galones de mi amigo, prefirió dirigirse al centinela y la oí pedir que la dejasen ver á su hijo, móvil de París, que pertenecía á la sexta del tercero.

—Quedáos aquí, dijo el soldado; voy á llamar.

Muy alegre y, no obstante suspirando, se volvió hacia su marido, y ambos se sentaron en el borde de un declive.

Esperaron allí mucho tiempo.

El monte Valerien es tan grande, tiene tantos patios, tantos baluartes, tantos cuarteles y tantas casamatas, que no es fácil buscar á un soldado de la sexta en esa ciudad laberíntica, suspendida entre la tierra y el cielo, y flotando en espiral en medio de las nubes.

Esto sin contar con el ruido y algazara que á aquella hora hay en el fuerte, á causa de los tambores que redoblan, de las trompetas que suenan, de las carreras de los soldados y del choque de los fusiles.

Relevan la guardia, distribuyen el rancho, traen á un espía que los francos-tiradores han sorprendido y que empujan á culatazos; aldeanos de Nantierre vienen á quejarse al General; un correo llega á escape, el hombre titiritando de frío y el animal sudando; otros traen de los puestos avanzados los heridos colocados en camillas, que se quejan como corderos enfermos, y vuelve también del campo el rebaño del fuerte, que un pastor, con pantalón encarnado y el fusil á la espalda, conduce delante de él con un palo; todo eso va, viene y desaparece por la porterna.

—¡Con tal de que no se olviden de mi muchacho! decían entretanto los ojos de la infeliz madre, y cada cinco minutos se levantaba y se acercaba con precaución á la entrada, miraba furtivamente al patio apoyándose en la pared, pero no se atrevía á preguntar de nuevo, por miedo de poner á su hijo en ridículo.

El padre, más tímido aún que su mujer, no se movía, y cada vez que volvía ella á sentarse llena de desaliento, se veía que él la reñía por su impaciencia y que le daba largas explicaciones sobre las exigencias del servicio militar.

He sido siempre muy aficionado á esas pequeñas escenas íntimas que se adivinan más bien que se ven; á esas pantomimas de la calle, cuyos protagonistas nos codean cuando andamos y que con un gesto nos revelan todo el secreto de una existencia; pero aquí lo que me cautivaba era la ingenuidad de los personajes, y experimentaba una verdadera emoción siguiendo por su

mímica todas las peripecias de un drama familiar.

Me parecía oír á la madre diciendo una mañana:

—Ya me está fastidiando ese señor Trochu con sus consignas. Hace más de tres meses que no veo á mi querido hijo. Quiero ir mañana mismo á darle un abrazo.

El padre, intimidado y asustado por los pasos que había que dar para obtener un permiso, procuró por todos los medios posibles hacerla entrar en razón.

—Pero, mujer, ¿en qué estás pensando? El monte Valerien está demasiado lejos... No es posible ir hasta allí á pie; y además es una ciudadela, y las mujeres no pueden entrar.

—Pues yo sí entraré, respondió la madre.

Y como él hace cuanto ella quiere, se fué á la Alcaldía, al Estado Mayor, á casa del Comisario, sudando de miedo, helándose de frío, llamando á todas las puertas, equivocándose de oficina, y por fin volvió por la noche á su casa con un permiso del Gobernador en el bolsillo.

Al día siguiente se levantaron antes del amanecer, y como hacía mucho frío, el padre tomó un ligero desayuno á fin de entrar en calor; pero la madre dijo que no tenía apetito y que prefería almorzar con su hijo. Para regalar al pobre soldado, amontonaba en su cabás cuantas provisiones ha podido adquirir; chocolate, confituras, vino lacrado y hasta una lata de ocho psetas que guardaban para los días de gran escasez.

Cuando llegaron á la muralla, las puertas acababan de abrirse; fué preciso enseñar el pase; ¡qué miedo tenía la madre! Pero parece que estaba en regla, pues el ayudante de servicio dijo:

—Dejad pasar.

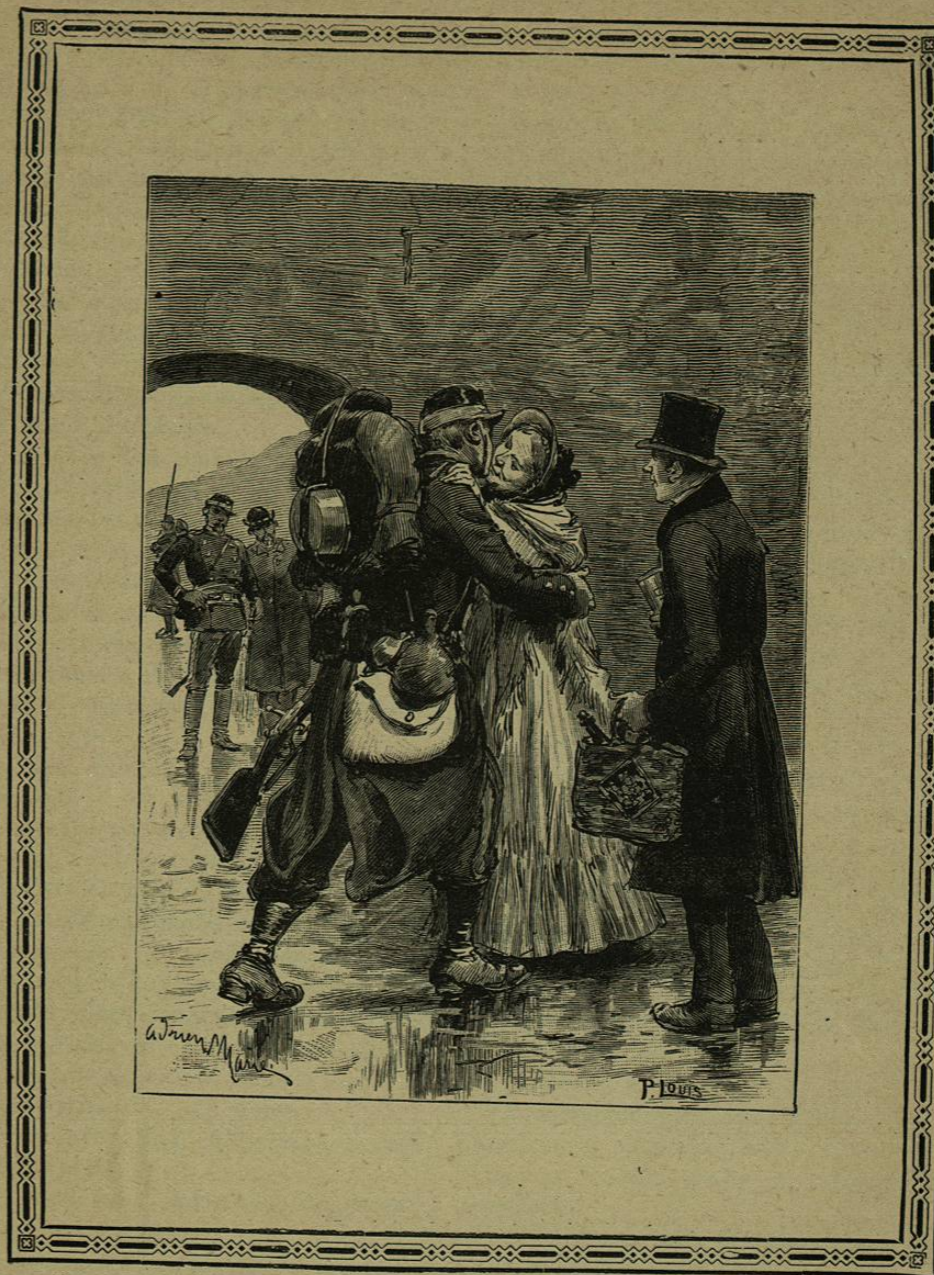
Sólo entonces la buena mujer respiró.

—¡Qué fino es este oficial! exclamó.

Y lista como una ardilla, corre tanto que su marido puede apenas seguirla, y le dice:

—¡Qué ligera andas!

Pero ella no le hace caso. Allá arri-



—Buenos días, mamá.

ba está el monte Valerien que parece llamarla diciéndola:

—Venid pronto; aquí está.

Y ahora que han llegado, nuevas angustias les esperan.

¡Si no le encontrarán! ¡Si no podrá salir!

De repente la vi estremecerse, golpear en el brazo del anciano y avanzar de un salto. Desde lejos, por debajo de la poterna, ha conocido su modo de andar.

¡Era él!

Cuando apareció, la fachada del fuerte pareció como iluminada.

Y era, en efecto, un hermoso muchacho; bien plantado, con el morral á la espalda y el fusil en la mano.

Se acercó sonriéndoles, diciendo con voz sonora y alegre:

—Buenos días, mamá.

Y en seguida el joven desapareció entre los brazos y el gran sombrero-capota de su madre. Después le llegó la vez al padre; pero el abrazo no fué largo, pues la madre era insaciable y todo lo quería para sí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien abrigado? ¿En qué estado se halla tu ropa blanca?

Y por debajo del ala de su capota, adivinaba yo las miradas cariñosas con las que le envolvía de pies á cabeza, mezcladas con una lluvia de besos y de lágrimas; en fin, un atraso de tres meses de ternura maternal que le pagaba de una vez. El padre estaba también muy conmovido; mas no quería aparentarlo, pues comprendía que le miráramos, y de vez en cuando nos guiñaba un ojo como para decirnos:

—Dispensadla... es mujer.

¡Pobrecilla! Bien la disculpa su cualidad de madre.

El sonido del clarín vino de pronto á turbar esa alegría.

—Tocan á llamada, dijo el muchacho; tengo que marcharme.

—¡Cómo! ¿No almuerzas siquiera con nosotros?

—No, no puedo... Estoy de guardia durante veinticuatro horas en lo alto del fuerte.

—¡Oh! exclamó la pobre madre.

Y no pudo decir más.

Quedaron un momento mirándose los tres con aire consternado; luego el padre dijo al muchacho:

—Pues bien; llévate por lo menos la lata de conserva.

Pero he aquí que en la emoción de la despedida, la pícara caja no se encontraba, y daba compasión ver aquellas manos temblorosas que se agitaban buscando por todos lados, y oír aquellas voces entrecortadas por las lágrimas que decían: «¡La caja! ¿En dónde se encuentra la caja?» Por fin pareció, hubo un último y prolongado abrazo, y el muchacho entró apresuradamente en el fuerte.

Acordáos, queridos lectores, que habían venido desde muy lejos para almorzar con su hijo; que la madre no había dormido en toda la noche pensando en ese almuerzo, y decidme si conocéis nada más triste que el desengaño que sufrieron los pobres ancianos.

Esperaron aún algunos momentos inmóviles en el mismo sitio, con la vista clavada en aquella poterna, por donde su hijo acababa de desaparecer. Por fin el hombre dió media vuelta, tosió dos ó tres veces, y después de tranquilizarse algo, dijo:

—Vamos, en marcha, hija mía.

Y saludándonos con mucha finura, tomó á su mujer del brazo. Los seguí con la mirada hasta la revuelta del camino.

El padre parecía furioso; pero la madre, más tranquila, se decía: «Ya le he visto.»